



## DE LA GÉNESIS AL SIGNO. EN TORNO A LOS *PROBLEMAS DEL JOVEN DERRIDA*

FROM THE GENESIS TO THE SIGN. ON THE YOUNG DERRIDA'S *PROBLEMS*

Ana Sorin<sup>1</sup>

Universidad de Buenos Aires / Conicet, Argentina

Recibido: 05.11.2024 - Aceptado: 05.07.2025

### RESUMEN

En este artículo ofrezco una interpretación de los primeros años de trabajo de Derrida, fundamentalmente de 1954 a 1962. Sostengo que el enfoque más corriente para abordar las producciones filosóficas del sesentismo francés (a saber, el enfrentamiento entre fenomenología y estructuralismo) resulta inadecuada cuanto menos en su caso, y que es más útil pensar en términos de los “problemas” que concentran su atención en esos años. En ese punto sigo la propuesta de Leonard Lawlor, que recuperó y estableció “el problema de la génesis” y “el problema del signo” para abordar sus primeros pasos filosóficos. Sin embargo, a diferencia suyo sostengo que la cuestión del signo no está directamente supeditada a la lingüística, y que es iluminador reparar en el influjo que tuvo la problematización blanchotiana de la escritura sobre el joven Derrida.

Palabras clave: Derrida; Génesis; Signo; Escritura; Idealismo.

### ABSTRACT

In this article, I offer an interpretation of Derrida's early work, primarily from 1954 to 1962. I argue that the most common approach to address the philosophical productions of the French sixties (namely, the confrontation between phenomenology and structuralism) is at least inadequate in his case, and that it is more helpful to think in terms of the "problems" that he concentrated his attention on in those years. In this regard, I follow Leonard Lawlor's proposal of thinking in terms of "the problem of genesis" and "the problem of the sign" to address his early philosophical steps. However, unlike him, I maintain that the question of the sign is not directly subordinated to linguistics, and that it is illuminating to notice the influx of Blanchot's problematization of writing on the young Derrida.

Keywords: Derrida; Genesis; Sign; Writing; Idealism.

---

<sup>1</sup> [asorin@filo.uba.ar](mailto:asorin@filo.uba.ar)

## 1. INTRODUCCIÓN

En 1967 Jacques Derrida edita *La voix et le phénomène, L'écriture et la différence* y *De la grammatologie*. Lo contundente de esta simultaneidad y el hecho que fuera posible advertir en sus líneas la insistencia de una problemática en particular –la cuestión de la escritura–, explorada asimismo ya con frontalidad y cierta complejidad, contribuyó a que este año destacase como una referencia insoslayable en su pensamiento temprano e incluso a que adquiriese cierto halo inaugural. Bien que en 1962 había obtenido el premio Jean Cavaillès de Epistemología Moderna por su “Introduction à *L'origine de la Géométrie* de Husserl”, es cierto que no fue sino hasta aquel tríptico que su rúbrica resonó por fuera de los circuitos especialistas. En un conocido estudio, Christopher Norris declara que 1967 es el *début* de Derrida (1987, 15), y la última biografía disponible todavía se expide en términos de “un año milagroso”. (Salmon 2020, 96)

¿Pero es realmente así? El propósito general de este artículo es evaluar la justeza de este retrato. Que 1967 constituye una referencia distinguida es indudable, pero creo oportuno matizar su prominencia restituyéndole la génesis que indefectiblemente tuvo. Antes que una fidelidad con la simple objetividad de los hechos, lo que me convoca es un debate estrictamente conceptual, porque entronizar 1967 implica *por un lado* hacer pasar sus trabajos anteriores –que versan casi todos sobre Husserl– como una especie de prehistoria, en general vista como un período de formación escolar de notable rigor técnico pero escaso arrojo filosófico,<sup>2</sup> y *por otro* entender la aparición de la noción derridiana de escritura como la de Atenea, que nace adulta y completamente armada de la cabeza de Zeus. Lo delicado de este enfoque no es sólo que ilustre a esta última casi autogenerada (lo que en todo caso cae por el propio peso de su inverosimilitud), sino que dicho encuadre suele desembocar en un privilegio del diálogo con el estructuralismo y la lingüística. Ya que durante los 60 paulatinamente Derrida va desplazando la preeminencia de Husserl y que se interesa cada vez más por estas últimas líneas (algo que no tiene sentido negar), es usual interpretar su periplo intelectual a través del enfrentamiento entre fenomenología y estructuralismo. En efecto, este conforma un cristal habitual para leer el panorama intelectual del sesentismo francés.

---

<sup>2</sup> En esa dirección, Caputo lo caracteriza un “entrenamiento técnico”. (1997, 56) Es un período soslayado, salvo por quienes sostienen explícitamente la existencia o la posibilidad de articular una fenomenología derridiana. Véase por ejemplo Lawlor (2002), y actualmente Jullien (2020) y Schnell (2021).

En referencia a aquellos años, Foucault relata cómo ni bien atisbó la problemática del lenguaje la fenomenología devino casi obsoleta y dejó su sitio al estructuralismo. (Cfr. 1983, 199) Un diagnóstico similar ofrece Descombes en su célebre *Le même et l'autre. Quarante-cinq ans de philosophie française (1933-1978)*, cuando indica que el interés por “las tres H” (Hegel, Husserl y Heidegger) que había marcado el ritmo de las décadas anteriores es permutado por las determinaciones formales y diferenciales que pone de relieve la lingüística. (1979, 93)<sup>3</sup> Específicamente, dice que la crítica fundamental de esta generación –y nombra allí a Derrida– es que tanto la fenomenología como la dialéctica mantienen el sujeto como principio fundacional, quedando así confinadas a “la lógica de la identidad”. (*Ibid.*, 94)

Sin expedirme sobre la valía de esta perspectiva para lo vasto de Francia en su generalidad, sí me parece descaminada a propósito de Derrida. No sólo porque lejos de oponer fenomenología y estructuralismo o de cambiar a una por el otro él subrayó expresamente su solidaridad, (Derrida 1967c, 45-46) sino porque ese encuadre simplifica demasiado el mapa epocal. Como mostraré, es tan impreciso que confunde el semblante de su primera filiación fenomenológica, y sobre esa base se equivoca en asumir que la atención al lenguaje advino a Derrida recién por la vía abierta por Saussure. Lo objetable es que más allá de ser defendida por algunos, esta perspectiva configura el horizonte implícito donde viene a situarse por *default* el pensamiento derridiano, que así considerado reluce como un perfecto exponente del “post-estructuralismo”.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> El privilegio de esta diada también se replica dentro de la crítica derridiana. Según Norris aquel “*debut*” hace dialogar el sueño husserliano de autoafección pura con el tópico “radicalmente estructuralista” del signo, (1987, 15) y en otro clásico Evans sostiene que los comentarios derridianos a Saussure y a Husserl constituyen la “introducción” al pensamiento deconstructivo. (1991, xi). Por su lado, Peñalver expresa que “es una explicación crítica con el estructuralismo, a partir de la fenomenología” lo que caracteriza al joven Derrida. (1990, 25) Las referencias podrían seguir, pero idéntica tendencia se observa en el siglo XXI: todavía leemos a Bradley decir que la deconstrucción emprende una “negociación intrincada” entre el estructuralismo y la fenomenología (2008, 34), y a Colebrook asegurar que la noción de *différance* se sigue del compromiso “por igual” “con las premisas estructuralistas y fenomenológicas sobre el lenguaje y el significado”. (2014, 292)

<sup>4</sup> Caracterización que, lejos de ser obvia, refiere a su recepción estadounidense. Angermüller (2015, 16) y particularmente Lémieux (2015) han rastreado cómo las lecturas anglófonas de Derrida –cuyo impacto se extiende mucho más allá de las fronteras de EEUU– han tendido a privilegiar a la lingüística y a la semiótica, poniéndolo como ejemplo privilegiado del “post-estructuralismo” y entendiéndolo principalmente como un “post-saussuriano”. Peter Salmon también ha indicado que “reflejando un sesgo hacia el lenguaje y la lógica, la mayor parte de las introducciones anglófonas de Derrida han tendido a comenzar sus análisis a través de la lingüística y la semiótica” (2020: 20). Es una cuestión compleja, que excede esta nota al pie. He analizado sus consecuencias para el pensamiento de Derrida en Sorin, 2022a. Por lo pronto, abrir el espectro de influencias y descentrar el sitio concerniente al estructuralismo fragiliza uno de los más comunes encuadres bajo los cuales suele leerse a Derrida.

Ante esta tesitura, y a sabiendas que la pluma derridiana siempre se caracterizó por cierta disposición “impar” cualquiera fuera el entorno que habitase, prefiero hablar no tanto de sus autores o tradiciones de adscripción sino de los “problemas” que convocan su atención y articulan el planteamiento de sus inquietudes en determinados fragmentos temporales. Por implicar una aproximación relacional antes que una identificación saturada, los “problemas” resultan lentes plásticas que permiten constelar distintas líneas (un primer paso para abordar de un modo filosóficamente significativo aquella disposición suya), así como comprender su variación no ya en términos de quiebres tajantes sino de transformaciones y desplazamientos al interior de sus elementos.

De este modo, es posible distinguir en el trabajo temprano de Derrida *el problema de la génesis*, “vigente” desde 1954 hasta 1962, y *el problema del signo*, que se inaugura en 1962 y en cuyo seno halla simiente la noción de escritura. Señalo, empero, que no hay “simetría” entre ambos: mientras uno reporta sus incipientes pasos y ademanes, el otro adquiere mayor brío y prepara el terreno para sus primeros desarrollos maduros. Con todo, creo que distinguirlos y elucidar sus desplazamientos y afinidades resulta fructífero a los fines de “historizar” el itinerario hasta 1967 y estar en buenas condiciones para interpretar sus aportes. En este sentido, el presente escrito tiene fundamentalmente dos objetivos: el primero es ofrecer un retrato de los primeros años derridianos que funja como alternativa ante aquel que toma por horizonte el enfrentamiento de fenomenología y estructuralismo, y el segundo, aproximar una comprensión de su primera problematización de la escritura que no la supedite a la lingüística. La importancia de este cometido salta a la vista cuando se repara en que nociones como “espaciamiento”, “huella” o “*différance*” (que nuestro filósofo desarrollará durante los 60, pero que serán clave para toda su obra) no son de factura lingüística. Aunque un examen frontal de aquellas requiere otro trabajo, el presente escrito pretende realizar aporte de cara a su elucidación.<sup>5</sup>

Es menester señalar que en cierta medida pueden leerse referencias a tales problemas en Derrida: su *Mémoire* de 1954 se titula *Le problème de la genèse dans la philosophie de Husserl* y *La voix et le phénomène* se subtitula “*Introduction au problème du signe*”. Sin embargo, sería falso decir que constituye una distinción habitual. Fue Leonard Lawlor (2002) quien hace no tanto la recuperó a los fines de ofrecer una lectura cuidada de sus comienzos filosóficos, y por eso es el principal crítico con el que converso y debato en esta oportunidad. Apuntaré sus méritos interpretativos tanto como los que son, en mi opinión, sus carencias.

A continuación presentaré el *problema de la génesis*. Vinculado con aquel carácter incipiente, sus formulaciones “positivas” son modestas. Sin embargo, eso no las hace ambiguas ni indiferentes. Mi interés no es exagerar su relevancia,

---

<sup>5</sup> Véase Sorin, 2021.

sino rastrear los balanceos de la joven pluma del argelino. Será de particular importancia situar su intervención y detallar de qué modo responde a un horizonte de debate complejo y nutrido.<sup>6</sup>

## 2. LA EMERGENCIA DE LA GÉNESIS

Puede sorprender que quien luego fuera conocido como el “padre” de la deconstrucción haya iniciado su derrotero filosófico en el campo de la epistemología. Lo cierto es que lejos de mentar un marco rápidamente desplazado, esa fue la primera atmósfera que alojó y nutrió al joven Derrida, y donde de hecho destacó. Ahora bien, para comprender el planteamiento de *Le problème de la genèse dans la philosophie de Husserl* (en adelante, PGH), la tesina que constituye su primer trabajo conocido y con la que capituló su paso por la École Normale Supérieure en 1954 bajo la dirección de Maurice de Gandillac, hace falta reponer algunas coordenadas de época.

El clima intelectual de la École en la década de los 50 está coloreado por una reacción ante la lectura existencialista de la fenomenología que venía haciendo mella en la posguerra. Uno de los motivos se debe a que acontece una especie de “ampliación” de la obra de Husserl. Los manuscritos inéditos –que hasta el momento no eran desconocidos pero sí objeto de estudio de unos pocos– entran allí a formar parte establecida de su pensamiento, que conoce así la segmentación en períodos. Amén de que puede leerse este movimiento como su ingreso al *canon*, (Baring 2011, 120) la perspectiva que trae semejante novedad llama a una revisión de sus baluartes y a una crítica de los que habían sido hasta el momento sus principales legatarios.

Si la generación anterior había criticado el intuicionismo husserliano por resultar infecundo para el estudio de la ciencia moderna, (Bachelard 1938, Cavailles 1947) este hito abre la posibilidad de volver a debatir la fecundidad y competencia de sus desarrollos. Y hete aquí que, justamente, la lectura sartreana se ciñe sobre todo sobre el período estático<sup>7</sup> y destaca la problemática de la subjetividad (aunque sea, en cuanto se basa sobre las descripciones de las estructuras

---

<sup>6</sup> Una aclaración metodológica pertinente antes de iniciar el recorrido es que dado que estoy cubriendo varios años de producción de Derrida y prestando atención a los desplazamientos “entre textos”, este trabajo no será de *exhaustiva* reposición argumental de *cada* texto tocado. No es una virtud ni un defecto, sino la cualidad del escrito en acuerdo con sus fines y propósitos. Para ello véase Marrati (2005), Lawlor (2002) y Hernández Marcelo (2018).

<sup>7</sup> Podría argüirse que tal era el conocimiento disponible hasta la fecha. Después de todo, incluso Héring y Koyré, que estudiaron directamente con Husserl en Gotinga y jugaron una parte importante en la primera recepción francesa de la fenomenología, tenían un conocimiento fundamentalmente circunscripto a los trabajos tempranos del alemán. Sin embargo, cabe mencionar que Merleau-Ponty, colega y amigo de Sartre, sí entró en contacto con los inéditos en una visita a los Archivos Husserl de Lovaina en 1939 (fue uno de los primeros en hacerlo, visto que este repositorio fue fundado por van Breda en 1938, tras la muerte de Husserl). Estos detalles hacen

esenciales de la conciencia). Esto no sólo se estima de pronto parcial o sesgado, sino que colisiona con los nuevos vientos de lectura: ya que los inéditos se corresponden con los que hoy conocemos como desarrollos “genéticos” de Husserl —que amplían con creces el campo de indagación gracias a la introducción de las síntesis pasivas—, se creyó que recuperar estos textos podía atemperar el subjetivismo que hasta el momento lo había seguido como una sombra y contribuir a replantear interrogantes relativos al fundamento de la historia de las ciencias.

Bien que se trata de un clima general, heterogéneo y de lenta gestación, uno de sus principales referentes es Tran Duc Thao, que de hecho sostuvo un debate con Sartre. (Feron, 2020) Lo interesante es que antes que sencillamente clamar conocer “mejor” o más exhaustivamente a Husserl en función de su estadía en Lovaina, el filósofo vietnamita argumenta que las discordancias que comenzaban a asomar en los inéditos yacían en verdad en el corazón mismo del método fenomenológico al modo de “tensiones productivas”: en otras palabras, que tenían el estatuto de contradicciones internas, es decir, *dialécticas* e incluso *materiales*. (Cfr. Thao 1959, 17) Así, en lugar de cargar las tintas sobre la subjetividad constituyente del sentido, *Phénoménologie et matérialisme dialectique* (1951) se esfuerza por rastrear el condicionamiento que ejerce el dato *hylético* dado a la intuición.

Con todo, hace falta aclarar que *hyle* significa algo bien distinto para él: mientras que para Husserl es un momento abstracto del análisis intencional (nunca “desnudo”), para Thao adquiere un estatuto poco menos que ontológico y entra a mentar una materialidad que precede y condiciona a la conciencia. Ni mero dato para su animación *noética* ni del todo inmanente, la sitúa como la base

---

que la figura de Merleau-Ponty fuera valorada de modo levemente distinto por el ambiente que estoy bosquejando, aun si participaba con Sartre de *Les Temps Modernes*. Otro es el caso de Lévinas, que también estudió con Husserl, le dedicó su tesis doctoral *Théorie de l'intuition dans la phénoménologie de Husserl* (1930), y tradujo junto a Peiffer *Méditations Cartésiennes* (1931). Aquí anida un detalle llamativo, puesto que esta traducción fue muy relevante para Sartre, y sin embargo se trata de una obra no totalmente estática, acaso “de transición”. Lo cierto es que el francés realizó una lectura selectiva de las *Méditations*, como de la fenomenología husserliana en general. Así, si bien retoma la noción husserliana de intencionalidad, a los fines de desubstancializar la conciencia y bosquejar su tratamiento de la libertad absoluta, lo hace desde un marco ontológico distinto, soslayando aspectos centrales del pensamiento de Husserl. Cuando afirma, por ejemplo, que “la conciencia es un ser [*un être*] para el cual está en su ser [*dans son être*] ser conciencia de la nada de su ser [*néant de son être*]”, (Sartre 1943, 81) convierte la intencionalidad en una estructura negativa de autotrascendencia, dejando fuera de consideración los desarrollos sobre la constitución pasiva o el análisis del tiempo interno, elementos que complejizan cualitativamente la noción husserliana de intencionalidad. Con todo, ¿acaso no fue Ricœur quien dijo que la fenomenología era la historia de las herejías husserlianas, “menos una doctrina que un método capaz de encarnaciones múltiples”? (Cfr. Ricœur 2004, 8) El punto es que la recepción husserliana en Francia fue compleja y estuvo atravesada por omisiones que responden menos a un desconocimiento lato que a una apuesta de pensamiento. Por los motivos que fueran, el existencialismo capturó el *Zeitgeist* de la posguerra. Ante ello reacciona el nuevo clima filosófico que comienza a gestarse en 1950.

material de la que emerge la conciencia misma. Tanto es así que en la segunda parte de la obra mencionada se embarca en una explicación de la génesis de la conciencia a partir de los más elementales estadios de la vida orgánica, para terminar dando cuenta de las distintas formaciones sociales y culturales de la humanidad (culminantes todas en el comunismo [*Ibid.*, 367]).<sup>8</sup>

Se ve a las claras que la cuestión de la génesis ritma buena parte de las discusiones filosóficas de la École en 1950.<sup>9</sup> Derrida mismo recuerda en varias ocasiones que la fenomenología estaba en ese momento aun “mal recibida” en Francia, (cfr. Derrida 1990, 444) así como haberse sumado a un esfuerzo compartido de reemplazar la fenomenología de corte existencialista por una sensible a problemas de índole epistemológica. (Janicaud 2015, 340)<sup>10</sup>

Sobre este horizonte es comprensible que PGH proponga pensar la cuestión de la génesis como la aporía estructurante de todo el trabajo husserliano. Su hipótesis es que antes que reenviar a un período suyo particular, aquella nombra el “titubeo” que la inspira desde sus comienzos: un vértice tan sugerente como inasimilable por sus preceptos.<sup>11</sup> En sus líneas Derrida recorre con enorme destreza técnica un total nueve obras a lo largo de cuatro partes (concernientes a la etapa

---

<sup>8</sup> La acotación viene a marcar, por si no fuera ya obvio, que es un enfrentamiento tan teórico como político. Se trata, para Thao, tanto de la posibilidad de conciliar la fenomenología husserliana con el materialismo dialéctico, como de llamar a debate ciertos elementos que en su opinión eclipsan su idónea comprensión. Como es esperable, esto atañe no sólo a las interpretaciones de Husserl sino asimismo a las de Hegel, donde la figura de Kojève cifra una referencia obligada. Thao juzga que el subjetivismo sartreano se ve exacerbado por el antropologismo de aquel. Esta opinión es ostensible no sólo en su debate, sino en “La Phénoménologie de l'esprit et son contenu réel”, que Thao escribe en ocasión de la publicación de estos cursos en 1947. Allí subraya que la hiperbolización de la dialéctica del amo y del esclavo abreva en un dualismo ontológico entre humano y naturaleza inexistente en Hegel, desembocando en un idealismo que considera incompatible con el marxismo. Es en contraposición con esta línea que hay que leer la génesis material de la conciencia que acabo de mencionar. Aunque sabemos que la intención de Sartre es bien distinta, en aquel momento es visto por algunos como un idealismo subjetivista que otorga basamentos a la libertad burguesa. (Janicaud 1990, 42) Sartre intentará responder a las críticas de Tran Duc Thao en *Critique de la raison dialectique* (1960).

<sup>9</sup> Claro está que la problemática de la génesis excede a la École: Ricoeur, Fink y Piaget (cuya referencia puede extrañar, pero que de hecho en la École es puesto a debatir con Husserl [cfr. Baring 2011, 116-117]) no son *normaliens* y se interesan por ella. Sin embargo, acotar el panorama es tan operativo como legítimo, dado que era un entorno intelectual muy compacto. Por lo demás, elijo poner de relieve a Thao porque polemiza abiertamente con Sartre y es un interlocutor clave en PGH. De hecho, es elocuente cómo en *La phénoménologie* (1959) Lyotard hace una introducción a la fenomenología y a la hora de retratar su actualidad privilegia claramente Thao por sobre Sartre.

<sup>10</sup> Véase también Derrida 1992, 83-84; Derrida 2009, 64; Derrida 1997, 40 y Foucault 1978, 8.

<sup>11</sup> La influencia de Thao sin duda es palpable. Sin embargo, Ferraris ha indicado en este punto el influjo de Martial Guérault, cuyo modo de lectura consistía en rastrear la estructura “sistemática” de las propuestas filosóficas (lo que a menudo implicaba especificar las “contradicciones internas” de los textos). (Cfr. Ferraris 2003, 14)

“pre-fenomenológica”, la “estática”, la estrictamente “genética” y la “histórica”), girando alrededor de un mismo dilema que se complejiza conforme avanza el pensamiento husserliano, pero que podría resumirse como el intrínquilis entre dar cuenta del sentido de la génesis o de la génesis del sentido.

A continuación daré cuenta del planteo de PGH. No repondré los desarrollos de las nueve obras que analiza, sino que tan sólo resaltaré algunos puntos clave que permiten comprender el tratamiento de la antedicha aporía.

### **a) Una génesis genética: una dialéctica**

Empecemos por el comienzo. Como es sabido, las primeras incursiones teóricas de Husserl están atravesadas por la diatriba entre psicologismo y formalismo, que él intentará desarmar hincándose sobre una evidencia subjetiva que oficie como fundamento de la génesis de la objetividad aritmética pero que a la vez se remita a descubrir una idealidad de sentido por derecho autónoma. Pretensión que, por cierto, Derrida observa frustrada: por más que *Filosofía de la aritmética* pase por psicologista, la presunta génesis subjetiva y temporal de nociones como las de pluralidad, número y unidad está en verdad tutelada por la síntesis *a priori* del “algo en general”, coqueteando entonces con el formalismo. Con tono algo provocador, PGH proclama desde sus primeras lecturas que *Investigaciones lógicas* no tuerce sino que profundiza la inspiración del texto anterior, aunque sucumbiendo a los peligros de una lógica *a priori* y, por tanto, viéndoselas en problemas para revincularse con los actos subjetivos y lo real en general.

Podría pensarse que dicha pretensión husserliana en adelante es pulida a partir de la noción de intencionalidad. Empero, PGH explora las elucidaciones que esta recibe conforme pasan los años, ahí donde parece no ser fácil definir a la conciencia en términos intencionales sin simultáneamente comprometer su pureza ni obstaculizar su posibilidad de descripción. Siguiendo el retrato derridiano, se ve claro que Husserl no resuelve ni disloca, sino que aplaza y reformula el enfrentamiento inicial intentando erguirse sobre la ribera de un “equilibrio” imposible.

Así, cuando Derrida explore las *Lecciones* no sólo será sugerente que Husserl pretenda dar con la estructura *atemporal* que posibilita la experiencia inmanente del tiempo, sino que pondrá en duda que haya siquiera tal inmanencia. Si la protoimpresión es intencional, ¿cómo distinguir entre tiempo inmanente y trascendente? Para peor, que aquella sólo consiga trenzarse a partir del “no presente” de la retención implica que es ya precedida y posibilitada por una síntesis. Algo análogo sucede con el tratamiento de la *hyle* en *Ideas I*: la constitución del objeto tiene lugar cuando un acto intencional informa la *hyle* pero, según desarrolla De-



rrida, en orden a ser inmanente a la conciencia esta debe ser una experiencia vivida antes de ser animada por la *nóesis* (sabiendo, no obstante, que una experiencia vivida no-animada es en teoría imposible para Husserl).<sup>12</sup> En ambos casos se hace ostensible que lo que da letra a la actualidad de la conciencia es una pasividad irrecusable. Y si bien es cierto que Husserl reconoce que toda síntesis activa implica una síntesis pasiva, para Derrida la fecundidad de este gesto se obstruye con su aferramiento al eidetismo, ahí donde todo *eidos* ha de tener un correlato en términos de actividad intencional. Ahí se ve bien cómo todo devenir genético remite a una constitución que, aun complejizada, sigue involucrando un carácter estático. Los desarrollos son más precisos y profundos, pero PGH hilvana los distintos avatares que adquiere esta aporía en las distintas etapas husserlianas, mostrando cómo es posible señalar cierta porosidad entre lo constituido y lo constituyente. Resta aclarar que Derrida no pretende señalar el “límite” de Husserl, sino apuntar de qué manera dicho “dilema” constituye la vena que propulsa su proyecto fenomenológico, haciéndole conocer mayores profundidades. Un impulso no del todo confeso, en todo caso, pero fecundo.

Antes que a empuñar alguna clase de antiintelectualismo, este enfoque incita a Derrida a explorar un abordaje cabalmente *genético* de la *génesis*. Es allí que arrima el planteamiento de una dialéctica de la existencia temporal. (*Ibidem*, 257) Aquí hace falta hacer un pequeño paréntesis, puesto que si bien es claro que el vocablo “dialéctica” también conforma –junto con la cuestión de la génesis– una especie de “llave” de la época en que estamos situando los albores de la producción derridiana, está lejos de ser unívoco.

Distinto del valor que recibe en Hegel o dentro de la tradición marxista, PGH la retoma fundamentalmente de Jean Cavailles, quien de hecho fue maestro de Tran Duc Thao y cuyos desarrollos permearon todo el horizonte que vengo delineando. Lo mencioné al pasar hace un momento, pero en verdad fue de los primeros en criticar el primado de la conciencia en Husserl: en *Sur la logique et la théorie de la science* (1947) Cavailles plantea que si toda lógica se funda en una lógica trascendental, entonces la fenomenología termina cercándose sobre de la constitución trascendental de sus entidades. Es decir, circunscribiéndose al examen de los actos de conciencia. El eidetismo husserliano, siempre a la zaga de la percepción, se queda así tanto con “lo peor” del formalismo como del psicologismo (que más que opuestos son pares solidarios): con una lógica absoluta

---

<sup>12</sup> Quisiera notar que en este punto la orientación de Derrida en PGH es distinta a la de Thao: mientras lo característico de este último es deslizarse de la consideración de la *hyle* como mero dato sensible a la de una materia existente en el mundo, Derrida se ocupa más bien de señalar cierta tensión irreductible, ahí donde la polaridad entre *hyle* y *nóesis* no logra constituirse de manera autosuficiente ni funcionar de modo solvente. Esta experiencia vivida “no *ya* animada” no tiene los rasgos de una materia substancial ontológicamente robusta.

extremadamente rígida pero a la vez endeble porque fundada en algo exógeno a sí misma (la evidencia subjetiva).

La referencia es relevante, entonces, porque Cavailles sostiene que la necesidad matemática ha de ser comprendida en un vínculo insoslayable –*dialéctico*– con las técnicas que permiten su articulación histórica (por ejemplo, la notación algebraica moderna). Artificiales pero no accesorias, estas técnicas responden al concepto tanto como posibilitan su propio desarrollo interno. No son ni meras expresiones “catárticas” de un sentido preconcebido (1947, 18) ni elaboraciones independientes eventualmente instrumentales. El reenvío entre *logos* y experiencia implica su inseparabilidad, y en retrospectiva testimonia la necesidad conceptual de la historia de la ciencia. Así, no es en una intuición que se quiere abstracta sino *en la historia* y ante todo *en la práctica* donde se devela el auténtico sentido científico. Escrito en cautiverio e inconcluso por su asesinato a manos de los nazis, *Sur la logique et la théorie de la science* culmina con una sentencia que pasó a la historia: “No es una filosofía de la conciencia sino una filosofía del concepto la que puede ofrecer una doctrina de la ciencia. La necesidad generadora no es la de una actividad sino de la una dialéctica”. (*Ibid.*, 78) Evidentemente, su propuesta sentó el tono de su entorno y de las generaciones siguientes.<sup>13</sup>

Volviendo a Derrida, en su punto más “propositivo” PGH sostiene que el yo no está dentro ni fuera del tiempo sino que es más bien el tiempo temporalizándose, expulsándose y recobrándose en las retenciones y protensiones de una dialéctica refractaria a toda síntesis pasiva y que no deja traslucir para-sí alguno. (Derrida 1990a, 257) Allí se inscribe la “ontología de la existencia temporal” que mencionaba hace un momento. De todos modos, cabe acotar que ni siquiera los textos derridianos que siguen orbitando alrededor del *problema de la génesis* insisten sobre dicha dialecticidad. Por ello dije que más que aislar su alternativa “positiva”, me interesa precisar cómo se entrama su primer interés filosófico.

Si a los ojos de Derrida Husserl queda atascado en el tambaleo recursivo entre la exigencia estructuralista de su descriptivismo eidético y la exigencia genética de dar cuenta del fundamento originario de la mentada estructura, la estrategia de PGH consiste en poner en primera plana la dialéctica *entre* génesis y estructura, que en definitiva –y a través de los distintos niveles de constitución que el alemán explora a lo largo de su pensamiento– no es otra que la dialéctica habida entre pasividad y actividad, temporalidad y *eidos* (al menos en cuanto, como mencionaba a propósito de los inéditos, la génesis implica siempre una constitución temporal y gran parte de esta se articula, a su vez, mediante síntesis

---

<sup>13</sup> Muchas de estas elaboraciones hunden raíces en *Méthode axiomatique et formalisme* (1938), donde –contra el logicismo y el intuicionismo– Cavailles ya había caracterizado a la matemática como una práctica conceptual creativa. En 1947 su alcance es más amplio.

pasivas). Esta dialéctica también mienta una oscilación irresoluble e inerradicable, pero es traída a los fines de apuntar la insolvencia explicativa de toda dimensión última (sea lo constituido, sea lo constituyente), sin por ello abreviar en un antiteoreticismo (lo que, claro está, la suprimiría). En el origen, entonces, “la complicación origina del origen”. (*Ibid.*, VI-VII)

En la “Advertencia” que escribe en ocasión de su publicación en 1990, Derrida dice que la cuestión de la dialéctica se explica en un debate con Thao y Cavallès. Aquí me ha interesado ilustrar dicho panorama, aunque es necesario acotar que en su opinión ambos aquietan la dialéctica: Thao en cuanto la entiende a la luz de una comprensión todavía mundana y substancialista de la materia (cfr. *Ibid.*, 257) –lo cual es ostensible en su reformulación de la *hyle*–, y Cavallès, al contrario, por idealista, porque todavía prioriza la estructura lógica de las matemáticas sobre su evolución histórica. Aunque los desarrollos de este último le resulten harto sugerentes y no sea difícil advertir cómo continúan influenciándolo en trabajos siguientes, Derrida busca una concepción más honda de la génesis, que reconozca la posibilidad de rupturas y discontinuidades en función de factores históricos contingentes, extrínsecos a la idealidad matemática. Podría decirse que si Cavallès –siguiendo a Spinoza– estrecha la inseparabilidad entre esencia y existencia como aspectos de una misma racionalidad, Derrida busca radicalizar su dialéctica y sólo a partir de ahí rever cómo se dibujan las fronteras entre las presuntas dimensiones fundadas y las fundantes. (Cfr. *Ibid.*, 211 y ss)

En definitiva, es patente que con “dialéctica” Derrida no apela a la *Aufhebung* hegeliana (en comparación, demasiado unitiva y reconciliadora) sino a una sinuosidad aporética refractaria a toda resolución. Puede verse aquí un antepasado de sus nociones de “suplemento” o “*différance*”, (Cfr. *Ibid.*, VII) con las que comparte la misma intención: poner en cuestión la posibilidad de un fundamento puro u origen simple, interrogando las pretensiones téticas –es decir, fundacionales– no sólo de la fenomenología, sino de la filosofía en general (o, sin ir más lejos, de lo que dentro de unos años llamará “logocentrismo”).<sup>14</sup>

Además de PGH, *el problema de la génesis* cubre “‘Genèse et structure’ et la phénoménologie” (1959) y parcialmente “Introduction à l’*Origine de la géométrie* de Husserl” (1962). El primero, inicialmente presentado en el Coloquio Cerisy-la-Salle de aquel año,<sup>15</sup> replica el nudo problemático de 1954, niega la

<sup>14</sup> Cfr. *Ibid.*, 228; Derrida 1967c, 11 y 237.

<sup>15</sup> La propuesta de este Coloquio fue examinar la tensión entre el análisis genético y el análisis estructural como aproximaciones aparentemente irreconciliables para abordar los fenómenos humanos y sociales. Es decir, tender un diálogo entre la clave exegética de los 50 –la génesis– y el estructuralismo en alza. Visto que este artículo parte de criticar la reducción del panorama intelectual francés de los 60 a la diatriba entre estructuralismo y fenomenología, entendiéndola una operación interpretativa parcial y exógena, cabe preguntar si la problematización de génesis y estructura no constituye un antecedente legítimo de aquella dicotomía. Creo, sin

existencia de giros en la obra husserliana e insiste sobre las distintas modulaciones de la misma aporía como estructurante de su pensamiento. Llega incluso a decir, con total claridad, que la preocupación de Husserl siempre fue la de ponerse a resguardo de una “génesis salvaje”. (Derrida 1967c, 232)<sup>16</sup> El segundo es un texto bisagra: allí Derrida insiste en la osadía de leer *Origen de la geometría* en sintonía con *Filosofía de la aritmética*, y estudia la irrupción de lo infinito ante la conciencia bajo los ropajes de la Idea kantiana, interrogando cuál es su estatuto fenomenológico, qué clase de evidencia le corresponde, cuál es su sujeto, y cómo puede siquiera entrar en crisis siendo de naturaleza trascendental. Todo ello es comprensible todavía bajo la pretensión de explicar al avance histórico mediante la puesta en obra de una finísima ingeniería al servicio de la “orquestración eidética” del decurso genético. Sin embargo, introduce algo distinto que pide desplazarnos hacia *el problema del signo*.

Por modesto que haya sido el recorrido hasta aquí, ya es posible afirmar que el cuestionamiento de las prerrogativas de la subjetividad no tuvo que esperar

---

embargo, que el paralelismo entre ambos pares resulta problemático. Para empezar, en sus respectivas presentaciones Goldmann y Piaget cualifican los distintos polos: dicen, por ejemplo, que tanto el padre de la fenomenología como la corriente estructuralista adscriben a un estructuralismo “estático” o “sin génesis”. (AA.VV. 1965, 9 y 39) Esta sola caracterización ya obstruye todo paralelismo directo. Por otro lado, señalé que los intérpretes que privilegian aquel “enfrentamiento” lo hacen para argumentar que Derrida “cambia” a Husserl por el estructuralismo por resultar más sensible al signo y al lenguaje, dando así nacimiento al “post-estructuralismo”. Huelga decir que en esta ocasión Derrida no enarbola a la estructura en desmedro de la génesis ni se despidе del alemán: no pierde la oportunidad de aclarar que “el motivo genético” es central para Husserl, y por cierto explícito luego de *Ideas I*, (Cfr. *Ibid.*, 49) y durante su conferencia insiste sobre cómo dicha centralidad recubre un carácter tan irresuelto como convocante. En cualquier caso, su ánimo no es el de contribuir una alternativa superadora, como el “estructuralismo genético” de Goldmann (Cfr. *Ibid.*, 9-16), sino el de indagar el solo planteamiento del problema.

Con todo, podemos pensar que finalmente Derrida acuerda con la aquella caracterización de sus colegas, en cuanto en 1963 dirá que la fenomenología tuteló al estructuralismo y que comparten un compromiso con el *eidós*. (Cfr. Derrida 1967c, 45-46) Sin embargo, lo que allí opone a la estructura no es ninguna génesis sino la fuerza, y mediante problematizaciones literarias. Un estudio de este desplazamiento sería interesante.

<sup>16</sup> Pero hay novedades. Lo más llamativo es que el título llama al *Genèse et structure de la Phénoménologie de l'esprit de Hegel*, de Hyppolite, que sin embargo no trabaja ni cita explícitamente. De hecho, bien que Hegel sobrevuela sus intercambios –fundamentalmente por insistencia de Goldmann–, Hyppolite es mencionado en el Coloquio sólo una vez, por Gandillac (AA.VV. 1965, 337) Mi hipótesis sobre la referencia del título se vincula con cierta “ruinosa” inscripción del tiempo. Cabe recordar que tras la lectura antropologizante de Hegel por parte de Kojève, Hyppolite ofrece una reconceptualización del tiempo como horizonte donde viene a inscribirse toda empresa humana, posibilitándola pero también frustrándola: no hay satisfacción última sino una dialéctica de logro y pérdida que, dicho sea de paso, se hace eco de la interpretación wahliana de la “conciencia desventurada” (*unglückliche Bewußtsein*). De este modo, podría pensarse que tanto Hyppolite como Derrida leen las teleologías de Hegel y Husserl a la luz de una frustración casi sisífrica. Es una hipótesis tentativa. Con respecto a otras novedades, es necesario aclarar que “‘Genèse et structure’ et la phénoménologie” recibió modificaciones en su inclusión en *L'écriture et la différence*. Allí Derrida agregó una mención a la *différance*, (1967c, 239) así como la cuestión de “la anarquía del nóema” (*Ibid.*, 242).

al estructuralismo, que de hecho ya se encontraba en marcha dentro la fenomenología y que lo que esta última le proveyó a Derrida no fue tanto un abrigo teórico férreo y “uniformante” sino un primer entorno para la problematización –de enorme sofisticación conceptual, por cierto– de una serie de interrogantes epistemológicos coyunturalmente pregnantes. En otros términos, los primeros pasos derridianos dentro de la fenomenología juegan ya con sus límites. Especificar este primer marco es clave para comprender cómo emerge la cuestión de escritura, su primera formulación madura.

### 3. EL SIGNO EN CUESTIÓN

En 1956 Derrida aprueba el examen de *agrégation* y es beneficiado con una beca para estudiar textos inéditos de Husserl en Harvard. Allí comienza a elaborar una traducción de *El origen de la geometría*, que acompaña con un estudio que quintuplica la extensión del texto husserliano. Como mencioné, este trabajo será premiado y publicado en 1962. Ya sólo atendiendo al hilván bibliográfico se advierte que es un texto “bisagra” porque, casualidad o no, a partir de ahí su pluma se extiende sobre otras regiones que la fenomenológica: en 1963 Derrida da una conferencia en el College de France sobre Foucault (“Cogito et histoire de la folie”) y publica en *Critique* “Force et signification”. Luego siguieron otros artículos que también se integrarán a *L’écriture et la différence* o *De la grammatologie*.<sup>17</sup>

Pero la “Introduction” (en adelante, IOG) resulta “bisagra” también por motivos estrictamente conceptuales. A continuación alumbraré su enfoque y planteo básicos, y daré cuenta de la inscripción de la problemática del signo, en la que juega un papel no despreciable Jean Hyppolite. Como mencioné antes, sigo aquí a Lawlor, cuya interpretación rescata su impotencia. (2002, 33 y 89) En principio, y a los fines de comenzar a “des-extrañar” esta referencia, cabe recordar que tras mostrar sumo entusiasmo por PGH, (cfr. Derrida 2015, VI) Hyppolite fue el tutor elegido para dirigir la tesis doctoral de Derrida –finalmente inconclusa– sobre la idealidad del objeto literario,<sup>18</sup> que IOG se editará en una colección de Epiméthée dirigida también por él, y que unos años más tarde facilitará

<sup>17</sup> Todas las contribuciones de *L’écriture et la différence* se editaron entre 1963 y 1966 en *Critique, Revue de métaphysique et de morale, Tel Quel* y *L’Arc*. En lo que concierne a *De la grammatologie*, “L’écriture avant la lettre” se editó en 1965 en *Critique* como una especie de reseña a tres obras recientes (*Le débat sur les écritures et l’hiéroglyphe aux XVII et XVIII siècles*, de Madeline V. David, y a *Le geste et la parole* y *L’écriture et la psychologie des peuples*, ambos de André Leroi-Gourhan).

<sup>18</sup> Registró este título a la vuelta de la estancia en Harvard, donde Derrida recuerda haberse pasado el tiempo leyendo el *Ulysses* de Joyce. (Derrida 1997, 25) La inscripción de la inquietud literaria en sus trabajos fenomenológicos es muy interesante, y es elocuente que para trabajarla haya acudido a un hegeliano. He estudiado la inscripción de la literatura en IOG en Sorin, 2022b.

su entrada como docente en la ENS.<sup>19</sup> (Cfr. Powell 2006, 32) Pero estos datos biográficos son índices exteriores de un influjo cuya estela es mucho más honda.

### a) La objetividad ideal: la escritura

El *Origen de la Geometría* problematiza una cuestión epistemológica basal, a saber, cómo alcanzan a constituirse los objetos ideales y de qué manera permanecen idénticos a sí mismos a través del tiempo. Una cuestión clave, desde luego, para la sola existencia de las tradiciones científicas. Su interés no se cierne allí sobre la normatividad ahistórica del sentido, sino sobre el enraizamiento de la verdad *en* la historia. Aunque en rigor se trata de un texto que Derrida ya había explorado en 1954, en 1962 desplaza su foco de atención: ya no apunta meramente a señalar un ejemplo más de la tensión entre génesis y estructura como entre tiempo e idea, sino a interrogar más tenazmente el proceso mediante el cual la objetividad ideal se constituye y transmite. Así, comienza subrayando la siguiente paradoja: hay evidencia geométrica en tanto y en cuanto hay evidencia de una objetividad ideal, pero esta logra constituirse recién *luego* de la incisión “inaugural” de los primeros geómetras, es decir *luego* de su circulación común e intersubjetiva. Henos aquí ante una regresión al infinito: el *fundamento* del objeto geométrico descansa en su carácter *histórico*, pero este aloja una densidad verdaderamente inmemorial.

El panorama se complejiza con creces cuando Husserl apunta que el elemento de la tradición es el lenguaje. No sólo la palabra encauza una “neutralización automática de la existencia” que nos permite comerciar sentido sin quedarnos encenagados sobre la inmediatez de la facticidad o de la vida psicológica, sino que la comunicación está garantizada porque la palabra (por ejemplo, “león”) es idéntica en sus innumerables expresiones. Es decir, porque tienen cierta objetividad. En función de esta última es que la evidencia subjetiva puede asimismo volverse objetiva, y por tanto intersubjetiva, y por ello el habla no es

---

Dicho sea de paso, ya que allí trabajo puntualmente sobre ese texto, aclaro que en allí hago una reposición argumental del planteo de IOG mucho más exhaustiva que aquí.

<sup>19</sup> Al favor y fomento de Hyppolite hay que sumar el de Althusser, quien fue *caïman* de Derrida, preparándolo para la *aggrégation*. Esta circunstancia posibilitó que, pese a las distancias filosóficas, a principios de los 60 ambos trabasen una profunda amistad no exenta de hondura intelectual. Recuerda Derrida sobre cuando le envió a Althusser el manuscrito de IOG: “Me alentó de manera decisiva con su juicio filosófico. [...] No era un especialista en Husserl, pero como algunos marxistas de su entorno, o, por otro lado, de distinta manera, como su compañero de escuela Tran-Duc-Thao, percibía (estratégicamente) una alianza posible entre el idealismo trascendental de Husserl, sobre todo en su dimensión genética y epistemológica, y una nueva problemática marxista. Yo no distaba mucho de pensarlo también, aunque de otro modo. Con Jean Hyppolite me invitó a calle de Ulm, donde enseñé mientras él se ausentaba (en 1964). Luego fue un compañerismo profesional que duró más de veinte años”. (Derrida 2001, 168-170) Y sin embargo, agrega: “Hubo muchos evitamientos [...]. Había algo virtual en nuestra relación”. (*Ibidem*). Para ampliar su vínculo, véase Derrida 1993, 183-231.

una mera expresión (*Äusserung*) sino una auténtica posibilidad jurídica de constitución del objeto. Pero el asunto no termina ahí, porque resulta que no es tanto la oralidad sino la escritura –en función de la durabilidad y opacidad de su trazado– lo que verdaderamente absuelve al sentido de la percepción actual e inaugura la virtualidad propia de la tradición. A partir de aquí se abrirán varios problemas.

Por un lado, sucede que las palabras “no son y no pueden ser jamás *objetos* absolutos”, (Derrida 1962, 106) porque esa identidad –aun si la “misma”– nunca es completamente saturada, ya que sus “instanciaciones” son permeables a los distintos actos intencionales. Por ejemplo, puedo decir “león” para nombrar al felino pero también usarla en términos metafóricos para adjetivar a alguien: la palabra es idéntica pero su sentido cambia. Es decir, el lenguaje es connaturalmente equívoco: resulta entonces que la condición de la objetividad no es, ella misma, del todo objetiva. Por otro, este punto se agrava en cuanto parece que a la par que la escritura representa el sentido, que permite *telecomunicarlo*, (*Ibid.*, 36) también lo expone al malentendido (y finalmente a la crisis, en términos husserlianos) ya que lo independiza de su acto intencional original.

Estas dificultades son indicadas por el mismo Husserl, que asimismo ofrece “soluciones” (por ejemplo, insta a los científicos a reactivar “responsablemente” el sentido escrito mediante una reducción histórica, noética y reactivante [*Ibid.*, 32]) cuya solvencia evalúa Derrida. Lo que me interesa marcar aquí es que aunque IOG *hasta cierto punto replica* el enfoque de PGH, subrayando el reenvío infinito entre las dimensiones constituyentes y constituidas, se desliza ya *en otra dirección*. De modo semejante como ya no carga las tintas sobre la dialéctica, en 1962 Derrida no comprende a la escritura como una mera técnica empírica que testimonia aquella coimplicación de dimensiones,<sup>20</sup> sino que a partir suyo comienza a interrogar el funcionamiento del signo y la especificidad de la grafía. Vuelvo un poco sobre mis pasos para delinear mejor el panorama.

Derrida aborda la cuestión del lenguaje como *médium* de la tradición a partir del apartado V de IOG, y explora el tratamiento que les propina Husserl a las problemáticas esbozadas. A propósito del ejemplo del “león”, el argelino adosa la siguiente nota al pie, que cito *in extenso*:

La idea de la neutralización lingüística de la existencia es original sólo por la significación técnica y temática que recibe en la fenomenología. ¿Acaso no era apreciada por Mallarmé y por Valéry? Hegel, especialmente, la había explorado ampliamente. En la *Enciclopedia* (una de las pocas obras hegelianas que, por lo demás, Husserl parece haber leído), el león atestiguaba ya, como mártir ejemplar, esta neutralización: “Ante

<sup>20</sup> Como sí hace PGH, cfr. Derrida 1990a, 264.

el nombre –león–, no tenemos necesidad ni de la intuición de un animal, ni tampoco de la imagen, sino que el nombre, en cuanto lo entendemos, es la representación simple y sin imagen; es en el nombre en lo que pensamos” (§462, citado por J. Hyppolite, en *Logique et existence*, 1953, pág. 39, obra que, en algunos puntos, pone de manifiesto la profunda convergencia de los pensamientos hegeliano y husserliano).

Hegel escribe también: “El primer acto, por el cual Adán se volvió dueño de los animales, fue el de imponerles un nombre, es decir, los anodó en su existencia (en tanto existentes)”. (Sistema de 1803-1804.) Citado por Maurice Blanchot, en *La part du feu*, 1949, pág. 325 (*Ibid.*, 58)

Aquí Derrida vincula a Husserl con Hegel, pero notemos que asimismo cita a Hegel *a través de Hyppolite y a través de Blanchot*. En el primer caso, con una cita de *Logique et existence*, y en el segundo, con una de “La littérature et le droit à la mort”. Ya que de hecho ambos textos comentan o debaten con Hegel y problematizan la eficacia de la operatividad del signo lingüístico, su referencia no puede ser trivial. A continuación ofreceré algunas pautas para comprender esta constelación. Habiendo adelantado que el señalamiento de Lawlor me parece acertado, marco asimismo que sus límites interpretativos tienen que ver con su olvido total de la referencia blanchotiana.

### ***b) La eficacia del signo entre Hyppolite y Blanchot***

Recuerda Foucault al respecto de la hondura de esa estela hyppolitiana: “Todos los problemas que son nuestros [...] fue él quien los cantó en esta palabra que era fuerte, grave, sin dejar de ser familiar; es él quien los formuló en este texto, *Lógica y existencia*, que es uno de los grandes libros de nuestro tiempo”. (1994, 785) ¿En qué consistió su osadía?

Como *Genèse et structure de la Phénoménologie de l'Esprit de Hegel* (1946), *Logique et existence* (1953) persevera en el intento de buscar abrir una alternativa a la lectura kojéviana, pero es más audaz. Porque se ocupa de los vasos comunicantes entre la *Fenomenología* y la *Lógica*, pero asimismo porque su tono es más “creativo” que exegético: se propone reconstruir la “filosofía del lenguaje” implícita en la filosofía de Hegel (lo que, lejos de mentar un aspecto aislado, reconfigura el semblante entero de su idealismo).

Su “Introducción” comienza designando la eliminación de todo “más allá” como el principal *dictum* de la filosofía hegeliana. Esto atañe no sólo a todo nómeno, sino a todo objeto “otro” por conocer. La tradicional externalidad del ser y pensamiento deja lugar a la diferencia interna del Ser: que la sustancia sea sujeto –precepto clave del hegelianismo y de la *Fenomenología* en particular (cfr.



Hegel 2017, 14)– implica entonces que no hay más que autoextrañamiento y autoposición del ser como otro en tanto pensamiento de sí, sentido (*sens*). Hyppolite toma ese último término en sentido fuerte, y recuerda las *Lecciones sobre la estética*, que explican que “sentido” designa tanto los órganos de aprehensión inmediata como la significación de una cosa, lo que ella tiene de universal. (Hyppolite 1953, 28; cfr. Hegel 2007, 97) Lo que él agrega es que dicho sentido universal se expresa *como tal* en el lenguaje humano: “La naturaleza se revela como Logos en el lenguaje del hombre, y el espíritu, que no hace más que aparecer de una manera contingente en el rostro y en la forma humana, encuentra su expresión perfecta sólo en el lenguaje”. (Hyppolite 1953, 27)<sup>21</sup>

Que la Naturaleza, primera alienación de la Idea, se debele lógica en el lenguaje, implica –*por un lado*– que el signo opere una *Aufhebung*. De ahí que Hyppolite examine también los §§451–460 de la *Enciclopedia*, donde Hegel desarrolla la génesis del signo como una “doble” sublimación de lo sensible: una primera memoria (*Erinnerung*) interioriza la imagen de lo sensible volviéndola disponible para la imaginación (*Einbildungskraft*) –ahí la primera sublimación–, y luego una segunda memoria (*Gedächtnis*, que interpreta como “memoria objetiva” o “del lenguaje”) traduce dicha imagen a signo. Ya no sólo no hace falta tener a un león delante para pensarlo, sino que “león” no se asemeja al concepto del león. En cuanto la corporalidad del signo es arbitraria –ahí la segunda sublimación–, se borra y deja oír tras sí lo universal. Pero subo la apuesta: que la Naturaleza se debele lógica en el lenguaje implica también –*por otro*– que el trabajo de lo negativo (es decir, la dialéctica y su idealismo todo) se lea con privilegio *en el lenguaje*. Eso es lo que explota Hyppolite.

Adelante retomaré algunos aspectos de lo dicho, pero es claro que en IOG Derrida contempla esos desarrollos. El lenguaje es el éter del progreso histórico porque es el medio de la *representación*: le otorga objetividad al sentido permitiéndole exonerarse de lo inmediato. La “profunda convergencia” que marcaría *Logique et existence* entre Husserl y Hegel –según la nota al pie traída a examen– tiene que ver con que los dos sostienen un idealismo teleológico. Que, como reza IOG, ambos rechacen que la sola empiria constituya historia implica que la noción de historia sea mayúscula, Historia del avance espiritual. (Derrida 1962, 47)<sup>22</sup> Así, si un delirio no resulta igual de fundante que el teorema de Pitágoras

<sup>21</sup> “El lenguaje es la casa (*demeure*) del ser como sentido”, dice Hyppolite con claro tino heideggeriano. (1953, 215) Si no hace falta sostener una lectura antropologizante –como la de Kojève– para recuperar la existencia es porque el Ser es sentido, Logos: lenguaje. Sobre ello, no resulta baladí que sea la filosofía –que es verbal– la que permita adquirir conciencia del Concepto. Se ve bien cómo no se trata tanto de depreciar al humano sino de entenderlo como sitio de flexión del Espíritu (“medio” y no “fin”).

<sup>22</sup> En 1968 Derrida enfatizará que “para Husserl como para Hegel, la razón es historia y no hay más historia que la de la razón”. (1972, 146)

es porque en acuerdo con el *Origen de la geometría* la Idea en sentido kantiano custodia el desarrollo histórico.<sup>23</sup>

Sobre el final, IOG recuerda el estatuto paradójico de esa Idea que, como “trascendencia en la inmanencia”, arbitra el decurso de la historia sin ser nada más allá suyo. Una vez más, en parte reedita el enfoque de PGH que se había ceñido sobre ciertas “inconsistencias”, en cuanto no queda claro cuál es el estatuto fenomenológico de dicha Idea o qué clase de evidencia puede corresponderle. La novedad en IOG viene por el carácter “nocturno”, (*Ibid.*, 150) de “Peligro”, (*Ibid.*, 166) que le atribuye en esta ocasión, y que tiene que ver con la equivocidad que implanta la escritura en su seno. Porque a la par que el progreso que guía la Idea se vehiculiza a través suyo, ella no puede sino abrir el riesgo inexpugnable de desvío.

La lectura lawloriana de IOG resalta dicha afinidad entre Husserl y Hegel vía Hyppolite, e incluso más, la retoma de un modo significativo de cara a interpretar el propio periplo derridiano: “Derrida puede hablar del lenguaje como ‘éter’ del pensamiento en Husserl sólo porque Hyppolite hizo antes lo mismo con Hegel”. (Lawlor 2002, 102) Ahora bien, sostiene asimismo que la gran novedad para Derrida fue descubrir un sentido no meramente instrumental del lenguaje, ahí donde resulta que entrama el horizonte de toda historicidad. En términos hyppolitianos, que la *Gedächtnis* condiciona desde siempre toda *Erinnerung*: “El entendimiento discursivo, entonces, determina el entendimiento intuitivo, aunque el entendimiento intuitivo produzca el entendimiento discursivo”.<sup>24</sup> (*Ibid.*, 92) En este punto discrepo.

Me parece muy meritorio rescatar la relevancia de Hyppolite, identificar ahí un desplazamiento original viniendo desde PGH e incluso leer el estilo de interrogación que está ensayando Derrida en cierta relación especular con Hyppolite (después de todo es su maestro, el suyo fue un libro muy aclamado, y por lo demás es compatible con la hipótesis tentativa que acerqué sobre “‘Genèse et structure’ et la phénoménologie”). Sin embargo, Lawlor ignora complemente la referencia a Blanchot, por cierto colindante. Pero mi intención no es reprochar el simple carácter incompleto de su análisis. El asunto, más bien, es que ignorando

<sup>23</sup> Desde luego, en el carácter “kantiano” de esta Idea termina la afinidad con Hegel. Antes que una discrepancia aislada, responde a la distinta factura de sus idealismos. Es un tema de investigación aparte, pero es claro que el imperativo intuicionista que sienta el “Principio de los principios” en el §24 de *Ideas I* hace a Husserl refractario a la mediación especulativa (*spekulative Vermittlung*) hegeliana. Unos años más tarde *La voix et le phénomène* se dedicará a explorar la aversión de Husserl al rodeo representativo en general y desarrollará el núcleo de su complejo vínculo con el lenguaje con mucho más detalle que IOG. Sobre el final comparará el idealismo husserliano al hegeliano, diciendo que este último es más radical. (1967b: 114)

<sup>24</sup> Desde luego que podría discursarse cuán adecuado es traducir *Erinnerung* por “entendimiento intuitivo” y *Gedächtnis* por “entendimiento discursivo”, pero así figura en el texto de Lawlor.

esa referencia dirime demasiado rápido la cuestión, obturando el enlace –o, mejor, la oscilación– que inscribe Derrida citando a Hegel a través de uno y otro. En términos más concretos, y esto lo desarrollaré a continuación con más cuidado, esta omisión se halla en consonancia con que pierda de vista que Derrida se interesa menos por el lenguaje que por la escritura. O, en otras palabras, que ese primer interés por el lenguaje es *ya* en términos escriturales. Sin que ello implique asumir ahí preformados todos sus desarrollos posteriores entorno a la escritura, no es un matiz indiferente.

El artículo blanchotiano en cuestión es “La littérature et le droit à la mort” (1948).<sup>25</sup> La problemática que orienta sus líneas radica en la eficacia y la acción concerniente a la literatura, en abierto debate con Sartre y Kojève (y en particular, con la lectura que hace este último de “El reino animal del espíritu y el engaño, o la cosa misma”, el apartado de la *Fenomenología* donde fundamenta su crítica a los intelectuales). Blanchot emprende un delicado examen del funcionamiento de la palabra: esta es “negación que afirma” (Blanchot 1948, 317) porque nos ofrece sentido al costo de un sacrificio de lo existente. Por eso, como leímos en la nota que devino nuestro objeto de escrutinio, nombrándolos Adán aniquiló a los animales. Pero lo clave es que Blanchot hace asimismo una distinción entre el “lenguaje corriente” (*langage courant*) y el “lenguaje literario” (*langage littéraire*):

El primero admite que, una vez que la no existencia del gato pasa a la palabra, el propio gato resucita plenamente y por supuesto como su idea (su ser) y su sentido: la palabra le restituye, en el plano del ser (la idea), toda la certidumbre que tenía en el plano de la existencia. (*Ibid.*, 314)

Pero el lenguaje literario no termina de darle crédito a semejante alquimia: “observa que la palabra gato no sólo es la no existencia del gato, sino la no existencia hecha palabra, es decir una realidad perfectamente determinada y objetiva. Ve en ello una dificultad e incluso una mentira”. (*Ibid.*, 315) Mientras que el lenguaje corriente se mueve en la certidumbre de la posesión del mundo vía la idealización oficiada por el signo, el literario se abisma ante su operatoria; no sólo la “no existencia” hecha palabra lo deja pasmado (puesto que es descabellado que el sentido “gato” reemplace al gato real), sino que descubre que la existencia de la palabra no es un soplo evanescente sino una “cosa” cuyas resonancias en el mundo no son nunca del todo previsibles.

Mediante una exploración de la negación en la palabra, Blanchot pone en tela de juicio ambas sublimaciones de lo sensible operantes en el signo. Y por tanto, su carácter propiamente lógico. Pero tal como no trata de impugnar a Hegel

---

<sup>25</sup> Antes de compilarse en *La part du feu*, de donde Derrida lo cita, se publicó en dos entregas en *Critique*. La primera en noviembre de 1947, bajo el título “Le règne animal de l’esprit”, y la segunda en enero de 1948, ya como “La littérature et le droit à la mort”.

sino de insistir sobre sus nervaduras,<sup>26</sup> su intención es menos enaltecer a la literatura como uso estético y periférico del lenguaje que reconocerle un enorme poder de conmoción en cuanto interroga las filigranas de la significación en general. Más aún, puede decirse que señala su talante escritural: si IOG explicaba que lo propio de la escritura era independizar al sentido de su acto intencional original y de su circunstancia inmediata, es exactamente eso lo que le atribuye Blanchot a la palabra literaria (señalando en realidad, como dije, al funcionamiento básico de la significación).<sup>27</sup>

Volviendo una vez más sobre IOG, la omisión de Lawlor es significativa aunque de cierto modo esperable, visto que es cuanto menos “esquiva” la inclusión de la rúbrica blanchotiana en el *canon* filosófico.<sup>28</sup> Aunque “La littérature et le droit à la mort” también se demora sobre la función idealizante de la palabra (a fin de cuentas, el mismo problema que convoca a Husserl e Hyppolite), reluce como una referencia extraña en un texto cuyo encuadre inicial responde a una fenomenología de cuño epistemológico. Pero, justamente, por ello es tanto más sugerente: en modo alguno forma parte de los interlocutores “obligados”, y no obstante allí está. Pide ser interpretada. Aquí cabe recordar no sólo que por esos años Derrida estaba tramando una tesis sobre la idealidad del objeto literario, sino que la próxima publicación será “Force et signification” (1963), ya abiertamente volcada sobre la problematización de la creación literaria. Estas coordenadas con-

---

<sup>26</sup> Leslie Hill llega incluso a decir que le “debate” la herencia hegeliana a Sartre. (Cfr. Hill 1997, 110)

<sup>27</sup> Alumbro un poco la vinculación de escritura y literatura. Si la literatura ha sido –no necesaria, pero sí predominantemente– un arte escrito, quizá responda a que la pasividad de la grafía se presta mejor a la curaduría estilística. Eso no torna a toda escritura automáticamente literaria, pero se trata aquí de señalar cómo esa pasividad (introducida por su duración y opacidad) que constituye la objetividad también obstruye su *pura* logicidad y abre la posibilidad de equivocidad (tanto como al cuidado del estilo). Las fronteras presuntamente “de derecho” entre registros se vuelven “de hecho” porosas, ahí donde no es claro que la escritura sea una mera guardiana del sentido encomendado. Si a la par que Husserl valora la escritura busca atemperar el riesgo del malentendido –riesgo que por su lado Derrida entiende ineludible– Blanchot directamente lo enaltece resaltando los caracteres *escriturales* del “lenguaje literario” (de hecho, habla de modo indistinto de “literatura” y “escritura”). Esa postura toma lugar en el marco del debate con Sartre, que en *Qu'est-ce que la littérature ?* (1948) brega por un “arte comprometido”, defenestra a la prosa poética e insta a los escritores a ser agentes de la Historia “llamando al gato gato” (debate que está muy lejos y a la vez muy cerca de *Origen de la geometría*). Pero el objetivo de Blanchot es mostrar que el funcionamiento de la significación es escritural y que los rasgos que juzgamos propios de la literatura son también parte –aunque soslayada– de ese habla que se cree dueña de lo que dice. Las consecuencias de esto son de alto voltaje filosófico. Es eso lo que recupero y lo que, argumento, inscribe Derrida trayendo a Blanchot.

<sup>28</sup> En su análisis de la misma nota al pie, Russon (2010, 39) comete la misma omisión. Cabe señalar que Peñalver sí advierte la mención a Mallarmé y Blanchot, pero ignora a Hegel y a Hyppolite y no ensaya ningún análisis. (Cfr. Peñalver 1990, 51)

textualizan su inclusión, y –en sintonía con el panorama que presenté al comienzo– refuerzan el reclamo por una biografía intelectual más compleja que la diada “fenomenología-estructuralismo”.<sup>29</sup>

Va de suyo que tampoco se trata de privilegiar a Blanchot sobre Hyppolite (cómo hacerlo, si de hecho Hyppolite había sido el tutor elegido para dirigir la antedicha tesis), sino de interpretar su conjugación: por qué a la par que Derrida estrecha a Husserl con Hegel, cita a Hegel *a través* de Hyppolite y de Blanchot. En base a lo trabajado, sostengo que mientras uno alza el éxito de la mediación lingüística (porque la juzga el sitio privilegiado de la dialéctica), el otro rastrea su ruina. O, aunque sea, el carácter malogrado de su idealización. Su propósito es menos negar que haya significación que indagar de qué modo la *negación* (de lo inmediato) que promueve la palabra no rezuma en una *afirmación* (de lo universal) limpia y clara. La sola existencia de la literatura –que se vincula de modo distinto con todos esos aspectos materiales que solemos considerar meros “excipientes” de la transmisión de sentido– lo testimonia, y desde allí interpela la hechura entera del lenguaje.

Derrida inscribe esa oscilación en su tratamiento de la constitución de las objetividades ideales en Husserl. Mi sugerencia, entonces, es que en IOG Derrida no sencillamente entrevé un sentido *no instrumental* del lenguaje (como señala Lawlor, resaltando a Hyppolite), sino uno *no económico* (a partir de Blanchot). Y ello, insisto, porque su foco de interés es menos el lenguaje que la escritura. Visto desde esta perspectiva, el corolario de IOG no se limite a señalar que todo horizonte histórico y cultural está posibilitado por la mediación lingüística sino en todo caso, que a la par que es así, esta no es solventemente lógica. Si lo fuera, las palabras serían “objetos absolutos” y el lenguaje sería el cabal delegado del *Logos* y arbitraría su historicidad, como querría Husserl e incluso Hyppolite. Pero ese no es el afán de Derrida.

Si Derrida elije poner de relieve que la equivocidad prolifera al mismo ritmo que la objetividad y la comunicabilidad, es porque está pensando la escritura. ¿Y qué es la escritura? Según los modestos pero sugerentes tratamientos de IOG, una inscripción que gracias a su opacidad y durabilidad en el tiempo puede *re-presentar* el sentido. Pero lo que fue palmario es que ahí mismo yace la posibilidad incontestable de desvío,<sup>30</sup> ya que por los mismos motivos lo independiza

<sup>29</sup> Quien sí acusa recibo, aunque más no sea al pasar, del influjo de Blanchot sobre IOG es Clark. (1992, 72) No puntualiza la nota al pie estoy interpretando y no señala “La littérature et le droit à la mort” sino *L’espace littéraire* (1955) en toda su generalidad (texto que es verosímil que Derrida haya leído, aunque falten menciones explícitas), pero valoro y secundo su perspectiva.

<sup>30</sup> En IOG Derrida trabaja dicha “posibilidad incontestable desvío” que trae la escritura fundamentalmente a título de “equivocidad”, aunque es evidente que aquí está prefigurando lo que será su concepto de iteración. (Cfr. Derrida 1972, 365-393) Aquí la palabra “iteración” aparece dos veces, primero a propósito de la reducción eidética (Derrida 1962, 32) y luego en la célebre oposición que escenifica entre Husserl y Joyce. (*Ibid.*, 105) En esta segunda oportunidad

de su acto intencional inicial. Si la inscripción se aleja del hábito intencional, ¿qué asegura que signifique lo que este quiso? El asunto es tanto más grave en cuanto la escritura demuestra no ser una técnica accesoria: resulta que la univocidad de sentido, y por tanto la existencia de las tradiciones científicas, sólo es posible gracias a la interrupción escritural.

Por un lado, la escritura espolea la Idea que guía el avance histórico al punto que “consume y consagra la existencia de una historicidad trascendental pura”. (Derrida 1962, 85) Su empiricidad se inmiscuye en lo trascendental. Sólo con su ayuda pueden adquirir carnadura e investidura histórica las idealidades matemáticas, pero *por eso mismo* la Idea es “Paso” y “Peligro”: porque no hay garantía de que esta vuelva ilesa –o siquiera reconocible– de tal descenso a lo mundano. Si IOG culmina proclamando que “Trascendental sería la Diferencia”, (*Ibid.*, 171) si le concede tal poder de corrosión a la escritura, es porque resulta no ser extrínseca a la juridicidad trascendental.

Pero por otro, la escritura también trabaja el “trastelón” del lenguaje. Este es un punto clave que me interesa enfatizar. Vimos en IOG cómo la equivocidad del lenguaje es irreductible porque una “misma” palabra es “otra” según actos intencionales diferentes, porque por derecho ninguna ocasión puede monopolizarla (si lo hiciera no sería repetible, no sería reconocible como palabra). Ahora bien, esa apertura a la reedición como posibilidad de desvío de su “origen” no es otra cosa que su carácter escritural (que la grafía amplifica, pero que hace ya a la palabra *qua* objeto). Dice claro Derrida: “la escritura pone de manifiesto y completa la ambigüedad de todo lenguaje”.<sup>31</sup> (*Ibid.*, 90) Esa ambigüedad del lenguaje, ese aspecto *suyo* que lo *excede*, atestigua la insolvencia económica del *logos*. Ese paso de la argumentación derridiana lo permite comprender Blanchot (más que Hyppolite).

### c) *El problema del signo*

Entonces, ¿de qué va *el problema del signo*? Un signo difiere un sentido otrora presente, significar es *representar*. En base a lo desarrollado, sostengo que dicho *problema* orbita alrededor de la economía de representación común a Husserl y a Hegel: “economía” que ordena el carácter derivado del doble ante el original,

---

sí está en juego el poder de transmisibilidad del lenguaje, pero es todavía en el marco de la univocidad o equivocidad del lenguaje (y de la caracterización de Husserl como proponiendo una “filosofía del ver” [*Ibid.*, 155]) y no está emparentada con la inscripción escritural. Podría pensarse que IOG presenta con llamativa nitidez muchos de los elementos que concentrarán su atención los próximos años, y cuya interrelación se ocupará en adelante de afinar.

<sup>31</sup> “Sin la última objetivación que la escritura hace posible, todo lenguaje seguirá estando todavía cautivo de la intencionalidad fáctica y actual de un sujeto hablante o de una comunidad de sujetos hablantes”. (*Ibid.*, 84)

como de la ausencia ante la presencia.<sup>32</sup> En IOG, es justamente en el marco de la cuestión del signo como representante que emerge la atención específica a la escritura, como una repetición siempre potencialmente indócil visto que su operatividad entera descansa sobre su capacidad de alejamiento de lo inmediato.

Sostener esto implica también afirmar que *el problema del signo* no es privativamente el problema del signo lingüístico. Es claro que cómo se entienda la representación traslucirá un modo acorde de aproximarse al lenguaje, y viceversa. Desde luego que toda vez que se pretenda apelar a una experiencia antepredicativa Derrida sugerirá la tozuda “infiltración” del lenguaje. Pero incluso allí, no se trata sino del lenguaje *como* escritura. Le interesa menos exaltar lo sorprendentemente abrasivo del fenómeno lingüístico en particular que reparar en la inasible trama que permea toda supuesta inmediatez.

Por eso tengo una posición ambivalente ante Lawlor: es sumamente valioso su rescate de Hyppolite, pero me parece desatinado situar a Derrida y particularmente a IOG dentro del *linguistic turn*. (Lawlor 2002, 88) Si bien es cierto que *Logique et existence* carga las tintas sobre el lenguaje, es por lo menos debatible cuánto le ataña este rótulo.<sup>33</sup> Y aunque así lo hiciera, eso no necesariamente habla de Derrida o de lo que este tome de aquel, no hay transitividad obligada. De hecho, cuando en “Le puits et la pyramide” (1968) este interprete *Logique et existence*, es claro que entenderá la noción de signo como estructura representativa ni primaria ni privativamente lingüística, que compromete la fisonomía entera del idealismo hegeliano. A costo de que el señalamiento comience a sonar latoso

<sup>32</sup> Retomando una mención anterior, es una economía de representación común a lo que en unos años llamaré “logocentrismo”. Por motivos que esboqué a propósito de la distinta “factura” de los idealismos husserlianos y hegelianos, creo que Hegel es el máximo exponente de dicha economía. Y, en ese sentido, que no es casual que IOG inscriba la cuestión del signo en diálogo con él. Por eso *De la grammatologie* dirá que Hegel es *tanto* el filósofo de la lógica absoluta *como* el primer pensador de la escritura. (1967a, 39-41) Y es por dicha “indecidibilidad” que IOG lo cita a través de autores tan dispares (Hyppolite y Blanchot). Profundizar esta cuestión llevaría a tematizar sus desarrollos posteriores sobre la escritura y su lectura de Hegel. Aquí me interesó alumbrar este primer anudamiento.

<sup>33</sup> La amplitud y el vuelo que ha tomado esta caracterización vuelve algo difusa su aplicación. La inauguró Rorty en *The linguistic turn* (1967) fundamentalmente para hablar de una tendencia dentro de la filosofía analítica (Wittgenstein, Russel, Carnap, entre otros) de reducir problemas filosóficos a problemas de lenguaje. Evidentemente ese no es el caso de Hyppolite en *Logique et existence*: el lenguaje no es para él un objeto de análisis, sino el medio del despliegue del Ser. Por otro lado, también es necesario marcar que Hyppolite permanece distante ante la lingüística estructuralista que por esos años comenzará a cobrar protagonismo en Francia (una aclaración particularmente atendible, señaladas las caracterizaciones ya mencionadas de Derrida como “post-estructuralista”: de no hacer mayores distinciones se corre el riesgo de tomar todas estas líneas por equivalentes). Parece claro que en ese –crucial– punto Hyppolite está bastante influenciado por Heidegger, pero Heidegger a todas luces declinaría tal etiqueta. Una vez más, su inspiración es ontológica. Ahora bien, si con *linguistic turn* Lawlor pretende nombrar un creciente pero muy amplio interés por el lenguaje (por ejemplo, desde Nietzsche en adelante), podría ser viable. ¿Pero dónde estibaría su relevancia y qué querría a venir marcar? Parece un rótulo que oscurece más de lo que precisa.

como un reproche repetido, creo que reparar en Blanchot habría ayudado a entender que lo que lo convoca allí a Derrida es algo de mayor alcance pero también más específico, más esquivo y menos “lógico” –en el sentido precisado anteriormente– que “lo lingüístico”: la escritura (acaso en sintonía con el comentario de Foucault que dice que en Blanchot la literatura es “el lenguaje alejándose lo más posible de sí mismo” [1986, 13]).<sup>34</sup>

Los tratamientos derridianos de la escritura tomarán vuelo los años siguientes y conocerán nuevos interlocutores. Sin embargo, precisamente por ello, y porque se las verá ante un clima intelectual permeado por la *semiología* saussuriana, creo vale la pena retener los desarrollos ofrecidos en este trabajo. Este otorga buenas pautas para comenzar a comprender por qué *De la grammatologie* habla de la “época” del signo para mentar algo que claramente excede al estructuralismo, (Derrida 1967a, 25) o por qué en sus primeras líneas declara que el vocablo “lenguaje” ha sufrido los últimos años una inflación tal que su sentido se ha devaluado, y propone en su lugar el abordaje de la escritura. (*Ibid.*, 15-16)

Entender noción derridiana de escritura en el marco del *problema del signo* implica decir que excede a la grafía tanto como al lenguaje, porque en verdad atañe a toda una economía de significación, de representación. La aversión ante la grafía que unos años adelante Derrida recabará en distintos pensadores de todos los tiempos –desde Platón a Saussure, pasando por Hegel y Rousseau– es índice, en verdad, de un vértigo ante algo mucho más terrible: el desfallecimiento

---

<sup>34</sup> Amplíe un poco mejor mi desacuerdo con Lawlor, para que no parezca un detalle caprichoso. No se trata de que este ignore, transfigure ni malentienda elementos idiosincráticamente derridianos, sino la tonalidad que les atribuye a partir de la presentación que hace de ellos. De modo semejante como hace un momento lo cité diciendo que “Derrida puede hablar del lenguaje como ‘éter’ del pensamiento en Husserl sólo porque Hyppolite hizo antes lo mismo con Hegel”, (Lawlor 2002, 102) también opina que, tal como Hyppolite, Derrida “busca [la] diferencia en la inmanencia en Husserl”, (*Ibid.*, 89) abriendo así “una nueva lógica de la totalidad”. (*Ibidem*) Esta “nueva lógica de la totalidad” derridiana que él apunta pone en primera plana la inestabilidad que tiñe a la totalidad, justamente en función de su carácter paradójico: a la par que una totalidad debe ser finita y cifrar un límite, debe ser infinita ilimitada para poder cooptarlo todo. (Cfr. *Ibid.*, 138) Esta inestabilidad inscribe una diferencia en el seno de la totalidad, y Lawlor llega a decir que “el concepto de totalidad de la *Introducción* definirá el concepto de *différance* de Derrida”, (*Ibidem*) reiterando que eso es posible gracias al trabajo que previamente había hecho Hyppolite sobre Hegel. Porque está vinculada con la totalidad, la “lógica de la diferencia” derridiana es “poderosa”, dice, y sin embargo su poder “proviene de una *impuissance*”. (Cfr. *Ibidem*) Por mi parte, acuerdo con que Derrida indaga cómo la totalidad puede ser siquiera posible y, más aún, que rastrea las exigencias contrapuestas que requiere la totalización, develándola transida por la diferencia. No obstante, insisto en que Blanchot habría resultado de mucha ayuda para esclarecer aquella *impuissance*. No sólo porque está allí mismo, yace en la misma nota al pie que él subraya como clave, sino porque el texto blanchotiano al que reenvía Derrida también ensaya una lectura de Hegel. Habiendo señalado el mérito de Lawlor por haber recuperado a Hyppolite, y juzgando muy sesuda su lectura en muchos sentidos, veo algo unidireccional afirmar que “[l]a misma raíz de la ley de contaminación de Derrida puede encontrarse aquí, en el Hegel de Hyppolite. Es la fuente del concepto de *différance*”. (*Ibid.*, 103)



del *Logos*, ahí donde la presencia se devela indigente y donde el alma “se deja suplantar”. (Derrida 1972, 124)

El problema del signo es, de esta manera, el problema de la no contemporaneidad a sí del presente, ahí donde todo “origen” se devela atravesado por un retardo que le es connatural, puesto que su señalamiento sólo puede ser retrospectivo y resultar –por eso mismo– insolvente. Es así cuando, como vimos, explorando la gestación de las objetividades geométricas IOG acusa recibo de que su fundamento no reposa en ningún *topos uranos* (τόπος ὑπερουράνιος) sino en su raíl histórico, lo que imbuye a Husserl en una insoslayable regresión al infinito que desmadra la simplicidad del presente. Y es también el caso cuando, en adelante, Derrida extrae hondas consecuencias del hecho de que sea la inscripción escritural lo que abra la virtualidad de la tradición. En todos los casos, toda esquirola de presente se descubre bañada por una antecedencia irrecuperable en el sentido más radical, un doblez que le permite aparecer como tal. Como sugerí, tal es el lienzo sobre el que vendrá a inscribirse su noción de suplemento.

#### 4. EL JOVEN DERRIDA: DE UN PROBLEMA A OTRO

Luego del recorrido hecho, 1967 relumbra como un punto excepcional mas no del todo insólito ni “salido de la nada”, por cuanto es evidente que para esa altura el joven argelino ya llevaba a cuevas meditaciones bastante sofisticadas. Bien que su tratamiento sin duda admite profundizaciones mayores que las que he podido hacer aquí, lo cierto es que ya no es factible leerlo dirimiendo cuentas entre fenomenología y estructuralismo. Este enfoque, ahora es claro, no sólo limita demasiado sus afinidades, sino que las confunde. Ofrecer un encuadre alternativo fue mi primer objetivo.

Echo una breve mirada atrás. Derrida comienza trabajando dentro de la fenomenología, ciertamente, pero lo hace no en la línea que polemizará con el estructuralismo (la existencialista),<sup>35</sup> sino antes bien en su “opponente” (la epistemológica). De hecho, su punto de disenso anida en el sitio otorgado a la subjetividad, lo que a su vez evidencia que Derrida no tuvo que esperar al estructuralismo para anoticiarse de tal desplazamiento.

Según vimos, la fenomenología significa para Derrida un campo de debate más que una línea sólida de pensamiento. Como primer foco de interés, *el problema de la génesis* se ciñe sobre la insoslayable porosidad entre las dimensiones constituyentes y constituidas, ahí donde lo *a posteriori* descubre no ser extrínseco a la juridicidad sino vértice de inscripción de lo *a priori*.<sup>36</sup> Si bien esta dificultad

<sup>35</sup> Cfr. AA.VV. 1966, p. 94.

<sup>36</sup> Aunque aquí se trata de su inscripción en el marco de la indagación de la génesis, algunos críticos toman lo *a posteriori* como cifra de los desarrollos futuros de Derrida. Rodolphe

se plasma en distintos avatares, se trata en última instancia del carácter reactivo del idealismo intuicionista de Husserl a la *duración* del tiempo (dificultad que se complejiza pero que, claro está, no se resuelve con la introducción de las síntesis pasivas y de la Idea kantiana). Por eso allí Derrida apuesta a una dialéctica como indecisión, porque intenta esbozar una comprensión de la génesis *ella misma* genética.

IOG replica parcialmente el enfoque de PGH, pero ya se orienta en otra dirección. Sigue debiéndose a Husserl, pero mira de reojo a Hegel. Marca la convivencia entre ambos, pero este desliz le demanda un contoneo distinto. *El problema del signo* ya no trata de develar lo trascendental agujoneado por una temporalidad empírica, sino de rastrear la malograda autorrelación de la Idea. Según *Origen de la geometría*, el progreso histórico debiera vehiculizarse mediante la escritura, pero IOG muestra cómo esta hace exactamente eso y lo contrario: abre el sentido a su tradicionalización a la par que le imprime el riesgo inerradicable de desvío. Y esto es así porque su opacidad, lo mismo que le permite durar, interrumpe su vivacidad originaria (*ursprüngliche Lebendigkeit*). Acercar una comprensión de la escritura no supeditada a la lingüística fue mi segundo objetivo. Mediante una exégesis de las inscripciones hyppolitianas y blanchotianas en IOG, alumbré antes bien el carácter “escritural” del lenguaje.

Para terminar, quisiera poner de relieve que fue justamente la aproximación a estos primeros años de Derrida en términos de “problemas” (y no ya de líneas de adscripción) lo que permitió, primero, especificar con sutileza el vínculo de Derrida con su entorno, y luego, ya en la segunda parte, intercalar a Husserl, a Hegel, a Hyppolite y a Blanchot girando alrededor de un mismo asunto, y de ese modo elucidar mejor esa primera aparición de la cuestión de la escritura (que “explotará” en 1967). Esto no sólo es en sí mismo interesante porque meticuloso, sino fructífero, en cuanto vuelve posible la pregunta por los motivos de los desplazamientos *entre* problemas.

Un modo posible de darle curso a dicho interrogante sería plantear si acaso de 1954 a 1962 Derrida no se desliza de un idealismo que busca *explicar* el tiempo hacia otro que dice *comprenderlo*, en ambos casos apuntando su ruina. ¿Cuáles serían las consecuencias de ello? Lo dejo como hipótesis para problematizaciones por venir, como hilo conductor posible para abordar su pensamiento. ¿Qué diría esto de la deconstrucción, si fuera el caso, y qué implicaría tal desplazamiento? ¿Por qué tiene tal poder de conmoción la cuestión del tiempo, y por qué es tan expresivo de una filosofía el tratamiento que le preste? En este ánimo,

---

Gasché muestra cómo Derrida radicaliza preceptos hegelianos, demostrando que lo *a posteriori* no es mero “resultado” de la reflexión, sino que comunica con sus condiciones prerreflexivas (no transparentes a sí). Cfr. Gasché 1986, 52-54. A este respecto también véase Bennington 1991, 39.

¿cuál es el vínculo del pensamiento derridiano con el tiempo, y más aún con la finitud?

## BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. 1965. *Entretiens sur les notions de genèse et de structure*, La Haye: France.
- AA.VV. 1966. “Jean-Paul Sartre répond”. En *L’Arc* 30: 87-96.
- Angermuller, Johannes. 2015. *Le Champ de la Théorie*. Paris: Hermann.
- Bachelard, Gaston. 1938. *La formation de l'esprit scientifique*. Paris: Vrin.
- Bennington, Geoffrey y Jacques, Derrida. 1991. *Jacques Derrida*. Paris: Seuil.
- Blanchot, Maurice. 1948. *La part du feu*. Gallimard: Paris.
- Bradley, Arthur. 2008. *Derrida's Of Grammatology*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Cavaillès, Jean. 1947. *Sur la logique et la théorie de la science*. Paris: Vrin.
- Caputo, John. 1997. *Deconstruction in a Nutshell*. New York: Fordham University Press.
- Clark, Timothy. 1992. *Derrida, Heidegger and Blanchot: Sources of Derrida's Notion and Practice of Literature*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Colebrook, Claire. 2014. “The linguistic turn in continental philosophy.” En *Post-structuralism and Critical Theory's Second Generation*, editado por Alan Schrift. Durham: Acumen Publishing Limited.
- Derrida, Jacques. 2009. *El gusto secreto*. Buenos Aires: Amorrortu.
- . 1967a. *De la grammatologie*. Paris: Minuit.
- y Élisabeth Roudinesco. 2001. *De quoi demain...* Paris: Galilée.
- . 1990. *Du droit à la philosophie*. Paris: Galilée.
- . 1962. “Introduction à *l'Origine de la Géométrie* de Husserl”. Paris: Presses Universitaires de France.
- . 1972. *La dissémination*. Paris: Éditions du Seuil.
- . 1967b. *La voix et le phénomène*. Paris: Presses Universitaires de France.
- . 1967c. *L'écriture et la différence*. Paris: Seuil.
- . 1990a. *Le problème de la genèse dans la philosophie de Husserl*. Paris: Presses Universitaires de France.
- . 1972. *Marges de la philosophie*. Paris: Minuit.
- . 1992. *Points de suspension. Entretiens*. Paris: Galilée.
- . 1993. “Politics and Friendship: An Interview with Jacques Derrida.” En *The Althusserian Legacy*, editado por E. Ann Kaplan y Michael Sprinker, 183-231. Londres: Verso.
- Descombes Vincent. 1979. *Le même et l'autre*. Paris: Minuit.
- Evans, Claude. 1991. *Strategies of Deconstruction*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Feron, Alexandre. 2020. “Un manuscrit retrouvé. Les Entretiens entre Jean-Paul Sartre et Trần Đức Thảo (1949-1950).” *L'Année sartrienne* 34: 159-168.

- Ferraris, Maurizio. 2003. *Introducción a Derrida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Foucault, Michel. 1994. *Dits et écrits. Tome I (1954-1969)*. Paris: Gallimard.
- . 1978. "Introduction." En *On the Normal and the Pathological* de Georges Canguilhem. Boston: D, Reidel.
- . 1986. *La pensée du dehors*. Montpellier: Éditions Fata Morgana.
- . 1983. "Structuralism and Post-Structuralism.", *Telos* XVI, 55: 195-211.
- Gasché, Rodolphe. 1986. *The tain of the mirror*. Massachusetts: Harvard University Press.
- Hegel, Georges W. F. 2017. *Fenomenología del Espíritu*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- . 2007. *Lecciones sobre la estética*. Madrid: Akal.
- Hernández Marcelo, Jimmy. 2018. *El joven Derrida y la fenomenología francesa (1954-1967)*, *El joven Derrida y la fenomenología francesa (1954-1967)*. Madrid: Editorial Académica Española.
- Hill, Leslie. 1997. *Blanchot. Extreme contemporary*. New York: Routledge.
- Hyppolite, Jean. 1953. *Logique et existence*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Marrati-Guénoun, Paola. 2005. *Genesis and Trace*. California: Stanford University Press.
- Janicaud, Dominique. 2015. *Heidegger in France*. Bloomington: Indiana University Press.
- . 1990. *Le tournant théologique de la phénoménologie française*. Paris: L'éclat.
- Jullien, Stanislas. 2020. *La phénoménologie en suspens*. Paris: Vrin.
- Kojève, Alexandre. 1990. "Lettre à Tran-Duc-Thao—7 octobre 1948." *Genèses* 2: 131-137.
- Lawlor, Leonard. 2002. *Derrida and Husserl*. Indiana: Indiana University Press.
- Lémieux, René. 2015. *L'Im-possible: Américanité de Jacques Derrida*. Montréal: Université du Québec. Tesis doctoral inédita disponible en: <https://archipel.uqam.ca/8400/1/D3001.pdf>
- Lytotard, Jean-François. 1954. *La phénoménologie*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Norris, Christopher. 1987. *Derrida*. Massachusetts: Harvard University Press,
- Peñalver, Patricio. 1990. *La deconstrucción*. Barcelona: Montesinos.
- Powell, Jason. 2006. *Jacques Derrida: a Biography*. Londres: Continuum.
- Ricœur, Paul. 2004. *À l'École de la Phénoménologie*. Paris: Vrin.
- Russon, John. 2010. "Dialectic, difference, and the Other: the Hegelianizing of French phenomenology" en *Phenomenology. Responses and developments*, editado por Leonard Lawlor. New York: Routledge.

- Salmon, Peter. 2020. *An Event, Perhaps. A Biography of Jacques Derrida*. London: Verso.
- Sartre, Jean Paul. 1943. *L'Être et le Néant*. Paris: Gallimard.
- Schnell, Alexander. 2021. *Der Frühe Derrida Und Die Phanomenologie*. Wuppertal: Vittorio Klostermann Verlag.
- Sorin, Ana. 2021. *Cantan las piedras. El devenir inmotivado como devenir-literario del sentido en la escritura de Jacques Derrida*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Tesis doctoral inédita disponible en: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/16223>
- Sorin, Ana. 2022a. “La exorbitancia del suplemento. Apuntes para pensar la textualidad derridiana”, *Eikasía* 106: 187-218.
- Sorin, 2022b. “Las riquezas nocturnas de Introducción al *Origen de la geometría* de Husserl”, *Tópicos* 62: 289-313.
- Thao, Tran-Duc. 1959. *Fenomenología y materialismo dialéctico*. Buenos Aires: Lautaro.